

Hermano Jean-Marc

Iconos

Este cuadernillo busca dar respuesta a algunas de las preguntas que frecuentemente se plantean sobre los iconos, para ello se utiliza como ejemplos los de la Iglesia de la Reconciliación en Taizé. El mismo no entra en detalles sobre la historia de la pintura icónica o su composición artística, ya que esta información puede encontrarse sin dificultad en los libros o en internet. Se centra en el sentido esencial de los iconos y en ofrecer algunas claves que ayude a comprenderlos; y señala algunos modos en que los iconos ayudan al desarrollo de la vida de oración.

Algunos de los iconos de la iglesia en Taizé son reproducciones de iconos rusos de los siglos XV y XVI, uno de ellos data del siglo VII, otros (destacan los iconos de la cruz y de la virgen) son modernos pero inspirados en la misma tradición, que aún hoy continua viva. Las raíces de esta tradición se remontan a los primeros tiempos del cristia-

nismo, pero comenzó a despuntar verdaderamente a partir el siglo IV aproximadamente. De los siglos VII al IX, como respuesta a las disputas y críticas sobre el uso de iconos, la teología de los iconos fue clarificada, y sus principios fueron definidos por el II concilio de Nicea en el año 787. En Occidente, el arte religioso tomó una dirección diferente desde la Edad Media en adelante; En Oriente, se mantuvo la tradición más antigua, y aún hoy florece en Rusia y muchos otros países. En Occidente, los iconos están atrayendo también un interés renovado, no sólo debido a su valor artístico, sino también debido a que ofrecen un medio de oración y una puerta de acceso al Evangelio para mucha gente.

No ha sido posible reproducir iconos en color para este cuadernillo; los dibujos siguen el estilo que los pintores de iconos usan para trazar las líneas de las figuras antes de añadirles el color.

¿Qué es un icono?

La palabra icono (en griego εἰκών) simplemente significa «imagen»: Esta es la palabra común en griego para designar una pintura. Pero se utiliza con un sentido especial para referirse a las pinturas hechas, siguiendo una determinada tradición cristiana, para ayudar a la gente a orar.

Es importante tener presente este propósito central si queremos comprender los iconos y su significado. Ante todo su objetivo es favorecer la oración, no son básicamente decorativos. No están hechos para enseñar la Biblia

o las doctrinas de la fe (aunque también desempeñen esta función secundaria); ni tampoco, al contrario de la mayoría del arte occidental, buscan expresar la visión o la personalidad individual del artista.

El objetivo de los iconos es la oración. Y para los cristianos, la oración es una relación de amistad con Dios. Esto significa que el propósito de los iconos es sobre todo personal, pues están hechos para ayudarnos a entrar en relación con Dios, sostener esta relación y facilitar su desarrollo. Los rasgos característicos de los iconos están diseñados teniendo en cuenta este fin. Si hemos entendido esto, tenemos la clave principal para comprender los iconos. Pero antes de pasar a ver lo que esto significa en la práctica, queda aún una cuestión por tratar.

Es relativamente sencillo ver cómo llevar una foto de un amigo o de un familiar puede servirnos para recordarles, y para avivar nuestro amor por ellos cuando están lejos. ¿Pero cómo puede ser esto posible con Dios? «A Dios nadie lo ha visto nunca», dice san Juan (1 Juan 4,12). Dios no es un ser con un cuerpo físico; Dios no tiene forma o talla o color; no hay nada en Dios que permita, literalmente, hacer una imagen de él. Pero el problema es aún más profundo. No es simplemente que Dios no tenga un cuerpo físico, visible. Sino que la propia naturaleza de Dios, su esencia, es fundamentalmente un misterio. Dios nunca puede ser aprehendido o aprisionado por nuestra imaginación, no por ninguna forma de definición o pensamiento sobre él. A lo más que pueden llegar nuestras ideas es a apuntar en la dirección correcta; pero ellas nunca pueden abarcar a Dios. Cuando intentamos atraparlo, nos elude.

Ahora bien, la mayoría de nosotros, cuando pensa-

mos en Dios, creamos imágenes de algún tipo. Por ejemplo, recordamos que Dios es todopoderoso, y así hacemos una cierta imagen de un ser muy poderoso. O bien –y esto es aún mejor– creemos que Dios es bello, y así imaginamos alguien de una belleza resplandeciente. O también –mucho más problemático– nos decimos a nosotros mismos que Dios quiere que hagamos lo que está bien y que se sentirá infeliz o estará enfadado con nosotros si hacemos lo que está mal, y así inventamos algún tipo de árbitro o policía sobrenatural. Puede que algunas de las imágenes que construimos nos sean de ayuda, y puedan llevarnos a Dios, al menos hasta un cierto punto. Otras son totalmente erróneas, y pueden distorsionar por completo nuestra idea de Dios y, por tanto, mantenernos alejados de él. Pero ninguna de estas imágenes son muy buenas. Ninguna de ellas corresponde a lo que Dios realmente es en sí. Para que crezca nuestra fe, necesitamos ir gradualmente percibiendo que todas nuestras imágenes de Dios son totalmente inadecuadas a lo que él es en realidad. Él es siempre más grande, o mejor, o más vivo, o más sorprendente, o simplemente bastante diferente de la imagen que tenemos de él. Cualquier imagen de Dios se revela tarde o temprano como una imagen falsa.

Este hecho desempeña un papel importante en la Biblia. En tiempos bíblicos, casi todas las naciones conservan en sus lugares de culto estatuas o imágenes de su dios o dioses. Los templos de los griegos, de los romanos o de los antiguos egipcios son ejemplos bien conocidos. El pueblo judío era único al insistir en que ellos habían recibido como un mandamiento de Dios: «No te harás escultura ni imagen alguna de lo que hay arriba en los cielos, ni de

lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto.» (Éxodo 20,4-5). Este principio es reiterado una y otra vez a lo largo del Antiguo Testamento. Así, mientras que el santuario de cualquiera de los otros templos de aquel tiempo contenía la imagen de su dios, el lugar más sagrado del templo del Señor en Jerusalén contenía, en vez de una estatua, un lugar vacío.

Una manera de comprender el sentido de esto es pensar en la amistad entre dos personas. Para que la amistad crezca y madure, los amigos necesitan ser ellos mismos y no esconderse tras una máscara o personaje ficticio; aun cuando puedan sentirse tentados a colocársela para ser aceptados o admirados. Y cada uno necesita dejarle al otro espacio, sin imponer condiciones: «Necesito a mi amigo para ser tal o cual clase de persona.» Si no existe este espacio esencial de autenticidad, la amistad permanecerá atrofiada y nunca podrá crecer o hacerse más profunda como debería ser. Cuando Dios le dice a su pueblo «No te harás una imagen», les está diciendo: «Déjame espacio para ser quien realmente soy. No intentes rellenar ese espacio con un dios imaginario. Déjame ser yo. Porque deseo una amistad real contigo, no una imaginaria.»

La razón para prohibir las imágenes de Dios era dar cabida a una realidad, a un misterio, mayor que cualquier imagen.

Tanto la fe judía como el Islam han mantenido hasta nuestros días este principio en su forma literal, ninguno de los dos aceptan el uso de imágenes en la oración.

¿Cómo es posible entonces que muchas Iglesias cristianas permitan y promuevan el uso de estas imágenes? Este

hecho, a primera vista, parece especialmente paradójico en el caso de la Iglesia ortodoxa, ya que es precisamente el pensamiento ortodoxo quien subraya más que ninguna otra tradición el misterio de Dios, esto es, el hecho de que no podemos abarcar a Dios mediante nuestra imaginación o pensamiento.¹ Y, sin embargo, La Iglesia ortodoxa ha desarrollado de un modo especial la tradición de fabricar y usar iconos.

La resolución de esta paradoja se halla en la persona de Cristo. Un icono no representa a Dios en sí mismo. No hay en la tradición auténtica iconos de Dios Padre, ni del Espíritu Santo, ni de Dios Hijo excepto aquellos que tienen que ver con su encarnación como Cristo, precisamente porque Dios es por naturaleza misterio invisible, y cualquier imagen hecha para representarlo puede convertirse en una barrera para conocerle mejor. Pero lo que está representado en los iconos es Jesucristo en cuanto hombre. La razón por la que es posible hacer iconos no se halla en el Antiguo Testamento, cuya revelación de Dios prohíbe hacer imágenes, sino en el Nuevo. «Quien me ha visto,» dice Jesús, «ha visto al Padre» (Juan 14,9). «Cristo,» dice san Pablo, «es imagen de Dios invisible» (Colosenses 1,15). Estas palabras misteriosas evidencian que, si bien Dios no puede ser representado por una imagen en el sentido ordinario,

¹ Este aspecto importante del pensamiento cristiano es llamado teología *apofática*. Esta se acerca a Dios no mediante afirmaciones sobre él, sino negando progresivamente todas las afirmaciones para trascenderlas: si Dios es poderoso, su poder es tan diferente respecto a la fuerza humana que la palabra «poderoso» puede llevar a confusión. Si Dios es amor, su amor es mucho más profundo que el amor humano hasta el punto que la palabra «amor» es del todo inadecuada. De esta manera, negar las afirmaciones sobre Dios se convierte en una vía, incluso mucho más positiva, para aproximarse a él. Esta corriente de pensamiento está prácticamente presente en toda tradición cristiana, pero es la tradición ortodoxa quien la subraya, en particular.

existe una imagen verdadera de Dios: no una imagen pintada o dibujada por un ser humano, sino la propia persona y la vida de un ser humano, de Jesucristo. Esto es lo que la Teología llama la Encarnación: Cristo no fue simplemente un maestro, aunque vino a decirnos algo sobre Dios, ni tan siquiera fue un profeta con la tarea de traernos un mensaje de parte de Dios. Su identidad, su propio ser, expresado en todos sus actos y obras, es la misma identidad de Dios. ¿Quién es Dios? ¿Quién es Jesús? La respuesta a estas cuestiones es la misma. La persona y la vida de Jesús revelan el corazón del misterio de Dios.

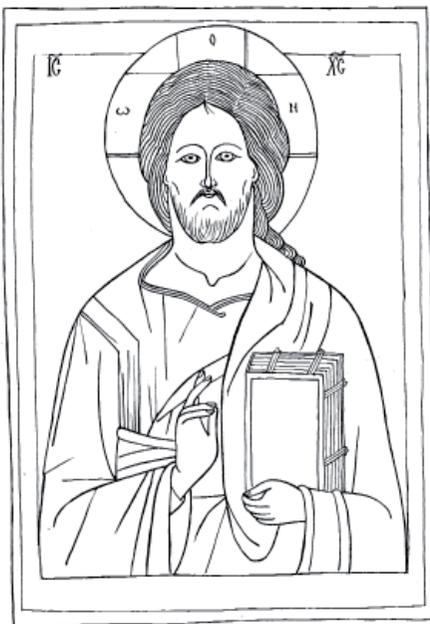
Ahora bien, Jesús tiene un cuerpo físico como el nuestro, se le puede ver y tocar. Si hubieran existido cámaras en aquellos tiempos, habría sido posible fotografiarle. No es imposible hacer una imagen de él, como lo es hacer una imagen de Dios. Y este es el punto de partida de los iconos cristianos: un icono es una imagen de Jesucristo. Pero no es un retrato fotográfico que simplemente muestra su apariencia física. Los iconos no están interesados en la altura o constitución o el color de cabello de Jesús; no se centra en lo externo, sino en la identidad de Jesús, su identidad profunda como ser humano. Y esto conlleva, al mismo tiempo, su identidad única como Dios.

Así pues, los iconos no están hechos en contra del mandamiento del Antiguo Testamento; sino que más bien suponen una celebración de Cristo, de Dios encarnado hecho hombre, y son una vía para orar a Dios a través de Cristo. San Juan Damasceno, que escribió en el siglo VIII, lo expresó del siguiente modo:

En otro tiempo, Dios invisible que no tenía cuerpo ni figura no podía de ningún modo ser representado con una

imagen. Pero ahora que se ha hecho ver en la carne y ha vivido con los hombres, puedo hacer una imagen de lo que he visto de Dios. No adoro la materia; adoro al creador de la materia, que se ha hecho cuerpo material por mí, que elige vivir en la materia y que, a través de la materia, ha causado la salvación. (Discurso I, 16)

El icono de Cristo



Debido a que los iconos están centrados en la persona de Cristo, en su identidad, y en la relación con Dios que Cristo vino a abrirnos, la figura de Cristo tiene una importancia central en la pintura iconográfica. Su rostro es tratado con un cuidado especial.

Este se dirige siempre hacia nosotros, nunca aparece de perfil: al mirarnos, nos invita a mirarle. El rostro aparece rodeado por una aureola, un círculo dorado que simboliza la presencia de Dios, que es luz.

En la parte superior del icono, aparece escrito su nom-

bre, habitualmente en la forma griega acortada IC XC que corresponde al nombre de Jesucristo, IHCOYC XPIC-TOC. En el interior de la aureola de Cristo aparece, a menudo, inscrita una cruz junto con las letras griegas $\theta\ \omega\ \nu$, que es el Nombre Divino en la versión Septuagésima de Éxodo 3,14, donde Dios se revela a Moisés: «Yo soy El Que Soy», o «Yo soy Quien Es».

Algunos iconos solo muestran el rostro de Cristo; otros le muestran en una cuarta parte o en toda su extensión y sentado en un trono. Con la mano derecha levantada bendice, mediante un gesto que frecuentemente encontramos también en los iconos de los santos. En su mano izquierda sostiene un pergamino o un libro, que simboliza la Palabra de Dios. Cristo mismo es la Palabra de Dios hecha carne: la idea central aquí es comunicación o comunión. Por medio de Cristo, Dios quiere hablarnos y bendecirnos. El libro puede estar cerrado o abierto; si está abierto, se pueden ver algunas palabras. Estas por lo general están escritas en el idioma del país en donde el icono fue hecho, y siempre serán del Evangelio: «Yo soy la luz del mundo» (Juan 8,12), por ejemplo, o «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados y yo os daré descanso» (Mateo 11,28).

En un primer momento, nos puede sorprender la apariencia algo seria o severa del rostro. En la cultura de nuestro tiempo, si conservamos la imagen de un ser querido, nos gusta que esté sonriendo. Los iconos no muestran esta sonrisa que nos es tan habitual. Por ello, al principio, podemos sentirnos inclinados a preguntarnos qué es lo que falla, y tomarlo como un signo de tristeza o severidad. Sin embargo, ésta no es la verdadera intención; pues si miramos atentamente, descubrimos que aunque los rostros

de los iconos nunca sonríen o ríen, por otra parte nunca lloran, o aparecen amargados o enfadados. De hecho casi nunca suelen mostrar ningún sentimiento ni emoción, son neutros y serenos.

La razón de esta neutralidad es dejarnos espacio, cuando nos ponemos delante del icono para orar. Podemos llegar en uno u otro estado – felices, nerviosos, fatigados, sobrecargados, tranquilos, excitados – y el rostro del icono no nos impone nada. Éste – o más bien él – está simplemente ahí para nosotros, tal y como estamos. Podemos ver exactamente esta clase de expresión en la cara de alguien cuando está escuchando atentamente, cuando intenta realmente comprender a la otra persona: deja a un lado, en ese momento, sus propios sentimientos para hacerse completamente próximo al otro. Está es precisamente la manera en que Dios está totalmente atento a nosotros cuando oramos.

María

Los iconos siempre se refieren a Cristo. Pero lo representan bien directamente, o bien representando a sus santos, quienes en el seguimiento de Cristo han llegado a ser, cada uno en su propia individualidad, semejantes a él, y así reflejan, a su vez, algo de la luz de Dios.

Entre los santos, María ocupa un lugar especial. Ella es la madre de Cristo, ella llevó en su seno a quien es verdadero hombre, y también verdadero Dios. Por ello, se la llama «Madre de Dios», un título densamente paradójico. La forma griega acortada de éste título (MP ΘΥ para



MHTHP ΘEOY) es la que aparece escrita en su icono.

Como ocurre en los iconos de Cristo o de cualquiera de los santos, no hay habitualmente detalles ni escenario al fondo, sólo un único color de fondo luminoso, que simboliza la presencia de Dios, la luz de la eternidad.

Existe un amplio repertorio de variantes del icono de María. En algunos, ella sostiene al niño hacia nosotros o nos lo muestra. En otros (el tipo conocido como iconos «de la ternura»), Cristo aprieta cariñosamente su mejilla contra la cara de María, subrayando con ello la cercanía y la humanidad del amor que les une.

En la mayoría de estos iconos, Cristo no aparecen de un modo realista como un niño, sino con las proporciones de un adulto. De esta manera, el icono evita ser una instantánea de la vida de Jesús y María, y es idóneo para sugerir algo de la relación que abarca ambas vidas y continúa en la eternidad.

La gente de occidente con frecuencia busca un simbolismo preciso en los colores del icono. Estamos acostumbrados a los colores litúrgicos y su relación con un tiempo

determinado del año litúrgico, o en la vida diaria tenemos mapas y planos, por ejemplo el del metro, que siguen un código de color. Sin embargo, en los iconos no existe un simbolismo tan sistemático, que nos permita decir «el rojo significa amor» o «el verde significa esperanza». El sentido de los colores en los iconos es más sutil y menos rígido, y necesita ser interpretado en cada caso. Aun así, podemos decir sin temor a equivocarnos que cuando Cristo lleva una túnica dorada, este color refiere a su divinidad y su realeza; o que cuando lleva dos colores, como ocurre muy a menudo, estos están relacionados con su ser Dios y hombre porque Cristo, en lenguaje teológico, tiene dos naturalezas: humana y divina. El vestido de María algunas veces muestra esos mismos colores pero en tonos más apagados y a la inversa, para transmitir la idea de que Cristo es divino por naturaleza, pero toma sobre sí nuestra humanidad, mientras que María (y todos los que, como ella, confían en Cristo) es de naturaleza humana pero llamada por Dios a participar en la naturaleza de Dios (ver 2 Pedro 1,4).

La Transfiguración

Mientras que muchos iconos muestran las persona de Cristo o de uno de los santos, otros le muestran en un momento particular y significativo. Las iglesias ortodoxas tienen frecuentemente un conjunto de doce iconos que representan doce acontecimientos importantes en la vida de Cristo y de María, que se celebran en doce fiestas litúrgicas.

El estilo de estos iconos es muy parecido al de los relatos

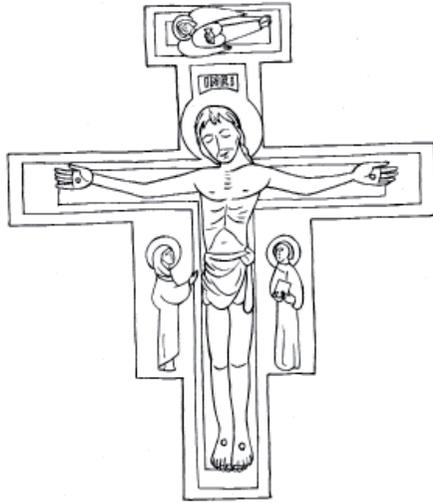


de los evangelios: estos no presentan una descripción detallada del acontecimiento, sino que se limitan a recoger los rasgos más importantes. Estos iconos pueden comprenderse mejor mediante la comparación con las correspondientes historias escritas de los evangelios.

La Transfiguración fue un acontecimiento misterioso y único, contemplado por tres de los discípulos de Jesús y que dejó una profunda impresión en ellos. El relato de la transfiguración es recogido por Mateo 17,1-9, Marcos 9,1-10, Lucas 9,28-36 y 2 Pedro 1,16-18. Jesús aparece transfigurado en la cumbre de una montaña, sus vestidos son «blancos como la luz». Sostiene en su mano izquierda el rollo manuscrito de la Palabra de Dios, y con su mano derecha levantada bendice. Al lado de Jesús, vueltos hacia él, están los dos personajes que los discípulos vieron hablando con él, Moisés y Elías. Los discípulos asociarían uno y otro con «la ley y los profetas», los dos ejes principales sobre los que pivota el Antiguo Testamento, que señalan a Jesús y de los que Jesús, a nivel humano, adquiere la comprensión de su propia vida y misión.

En la parte inferior, sobrecogidos por el asombro, están

los tres discípulos; Pedro, Juan y Santiago (el orden varía según el icono).



Aparecen generalmente echados por tierra o arrodillados, cubriéndose los ojos del fulgor luminoso de la visión de la que están siendo testigos.

Los relatos del Evangelio hablan de una «nube», la cual representa la Gloria de Dios, y

desde la cual se escucha la voz de Dios. En el icono, ésta es representada por una gran aureola o «mandarla», aureola en forma oval o de almendra, que rodea todo el cuerpo de Cristo, desde ahí la luz de Cristo irradia.

Una porción pequeña de una mandorla similar, con tres rayos que descienden, puede a veces verse en la parte superior de otros iconos, como el de la anunciación, que muestran acontecimientos en los que la acción de Dios se manifiesta.

El acontecimiento de la Transfiguración ocupa un lugar significativo en la pintura de iconos porque atestigua que, mediante su don, Dios hace posible que los seres humanos vean su gloria; los iconos quieren dar fe de ello. No solo eso, la fabricación de un icono conlleva de algún modo una «transfiguración», en la que por medio de la oración y el arte humano, los elementos materiales –la madera, los pig-

mentos de color, etc.– llegan a plasmar una invitación a vislumbrar la luz radiante de Dios.

La Cruz

Los iconos de la cruz no subrayan el dolor de los sufrimientos de Cristo ni plasman el horror físico de la crucifixión. Sino que muestran a Jesús de un modo sencillo, recuerdan su divinidad y su amor fiel inamovible en medio de un sufrimiento extremo, dejan que el acontecimiento hable por sí mismo. Algunas de las personas que estuvieron allí aparecen a un lado o a otro, a veces a escala reducida. Los más importantes de ellos son su madre María y Juan, el discípulo amado (cf. Juan 19,26). En la parte superior de la cruz, a veces pueden aparecer las letras iniciales que corresponden a la inscripción: «Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos» (Juan 19,19). Pueden también aparecer uno o más ángeles. María y Juan habitan la tierra, mientras que los ángeles son habitantes del cielo; el amor de Cristo, que se hace patente en toda su hondura por medio de la entrega de su vida en la cruz, es lo que une al cielo y la tierra.

La Resurrección

Cuando Cristo resucitó de entre los muertos, según los relatos del Evangelio nadie estaba presente allí de modo que pudiera ser testigo de este acontecimiento. Los discípulos pusieron a Jesús en la tumba y, al tercer día, le encontraron vivo con una nueva vida, pero el momento de la Resurrección



rrido mediante el uso de una rica simbología.

Cristo aparece en el centro, sus vestidos resplandecen, descendiendo rápidamente a la oscuridad de la parte inferior debajo de la tierra. Esta oscuridad es dolor, miedo, soledad, desolación, y muerte – todos los aspectos oscuros y terribles de la experiencia humana, que Cristo experimenta en la cruz. Sus vestidos en la parte de la espalda se levantan y ondulan por la rapidez de su descenso conforme ilumina las tinieblas a su paso.

Cristo descende a la oscuridad y a la muerte no para permanecer allí, sino para levantar y sacar de allí a todo el que estaba atrapado en ese lugar. Entre las figuras a la derecha y a la izquierda de Jesús se encuentran algunos personajes del Antiguo Testamento u otros que murieron antes que Cristo y que esperan su liberación (cf. 1 Pedro 3,18-22). Los reyes David y Salomón aparecen con frecuencia (con coronas en sus cabezas), así como Juan el Bautista. En

ción es un misterio sólo conocido por Dios. Por ello, el icono de la Resurrección no intenta mostrar lo que alguien hubiera podido ver de haberse encontrado en la tumba la mañana de Pascua. En vez de esto, el icono indica el sentido de lo ocurrido

un primer plano, están Adán y Eva, los primeros padres de todo el género humano según el relato del Génesis; su presencia quiere poner de manifiesto que Cristo vino para todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, no sólo para la gente de una determinada raza o nación (cf. 1 Cor 15,22). En el plano más inferior se encuentran las puertas de la muerte y del infierno, las cuales han sido derribadas por Cristo para que salgan los que estaban presos en su interior. Algunas veces, las puertas han caído de tal modo que se entrecruzan en diagonal formando una cruz. A veces, aparecen también tirados por el suelo cerrojos y cadenas que Cristo ha abierto y ha roto.

Cristo toma a Adán –que representa a la humanidad– por la muñeca y lo levanta hacia afuera de la tumba. El descenso de Cristo se convierte en un movimiento hacia lo alto, por medio del cual Cristo conduce a toda la humanidad a la libertad de la vida verdadera.

El Icono de la Amistad

Este icono único, data del siglo VII, no pertenece a la tradición bizantina como los iconos griegos o rusos, sino a la tradición de la Iglesia copta de Egipto.² Está pintado en el estilo sencillo e ingenuo característico del estilo copto.

Nos muestra a Cristo junto a uno de los primeros santos egipcios llamado Menas (los nombres están escrito en caracteres coptos al lado de la parte superior de cada figura). Menas puede ser considerado como la representación de

2 El original fue descubierto en 1902 después de haber permanecido oculto entre las ruinas del monasterio de Bauit durante muchos siglos. Hoy se encuentra en el Museo del Louvre, en París.



cualquier creyente: el icono expresa la relación de amistad que Cristo ofrece a todo el que lo acoge. Esto es el motivo por el cual al hermano Roger le gustaba tanto este icono, y porque ocupa un lugar especial en Taizé.

Cristo pone su brazo sobre el hombro de su amigo, como un signo de su amor³. La iniciativa de este gesto es de Cristo: «En esto consiste el amor,» dice san Juan, «no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó» (1 Juan 4,10). Al recibir este amor de Cristo, su amigo es apto para bendecir a otros, como muestra el gesto de la mano derecha de Menas. Puede compararse este gesto de bendición de Menas con el gesto semejante que aparece en algunos iconos de Cristo descritos anteriormente. Este es uno de los movimientos esenciales del Evangelio: dejarnos amar por Dios nos lleva, de manera natural y sencilla, a ser canales de bendición para los otros. El amor entre Cristo y el creyente no es un círculo cerrado, sino que se va abriendo y ampliando cada vez más. Esto es lo que reflejan la posición de las dos figuras: no están sentadas una en frente de la otra, sino que están paseando en la misma dirección.

Cristo, como ya hemos visto, lleva el libro de la Palabra

³ Cf Apocalipsis 1 :17 «El puso su mano derecha sobre mí diciendo: "No temas".»

de Dios, mientras que el creyente lleva un pequeño rollo manuscrito. Podríamos, quizás, ver en esto una señal que da a entender que solo Cristo comprende toda la sabiduría de Dios, pero que lo poquito que nosotros comprendemos nos basta para avanzar con él.

El icono de la Trinidad



Este icono está inspirado en el relato del Génesis 18,1-14, donde Abraham acoge a tres huéspedes misteriosos que resultan ser Dios mismo. Por ello, a este icono se le conoce también como el icono de la hospitalidad de Abraham. En algunas versiones, aparecen también Abraham y su esposa Sara; en otras, por ejemplo en el hermoso y conocido icono pintado por Andrei Rublev alrededor de 1400, sólo aparecen los tres visitantes.

Estos aparecen retratados como ángeles, sentados alrededor de una mesa sobre la que hay una copa en forma de cáliz, que representa la comida que Abraham y Sara les han preparado. Al fondo hay una montaña, un árbol que se

menciona en el relato bíblico y un edificio alto y estilizado que representa la tienda de Abraham.

En este relato, Dios aparece como tres hombres – o ¿es un único hombre? o ¿tres ángeles? El texto no lo deja claro. Los cristianos han interpretado esto como una insinuación de la naturaleza de Dios en cuanto Trinidad. La Trinidad supone no concebir a Dios como un ser solitario y aislado en su inmensa grandeza, sino como comunión de amor entre tres Personas –Padre, Hijo y Espíritu Santo– quienes, no obstante, son por completo Uno. El icono es una meditación de este misterio, por ello se le conoce también como el icono de la Trinidad.

Las figuras muestran el mismo rostro, las tres sostienen idénticos báculos de peregrino, las tres hacen gestos muy parecidos de bendición en torno al cáliz, las tres figuras comparten un mismo color azul en sus ropajes. Estos elementos son indicios de la unicidad de Dios, que aparece subrayada por el hecho de que los límites exteriores de las figuras trazan un círculo, signo de unidad y eternidad. Pero las diferencias de movimiento, color y posición de las tres figuras evocan la «alteridad» de las personas –la condición de ser otro– y la armonía de la relación.

Las tres figuras no intentan representar directamente a las tres personas de la Trinidad – lo cual iría en contra de los principios básicos de la pintura iconográfica. Estas representan simplemente a los ángeles que acogió Abraham, y sólo sugieren algunos aspectos de la naturaleza de Dios.⁴ Una de las sugerencias más significativas está en el

⁴ La meditación sobre el simbolismo de los diversos objetos que aparecen en el icono, sobre los colores, y sobre las actitudes de las figuras puede revelar la riqueza de referencias bíblicas y teológicas que contiene, algunas de las cuales aparecen recogidas en los numerosos libros y artículos que se han escrito sobre este icono.

espacio vacío que queda en la parte frontal, pues los ángeles sólo ocupan tres lados de la mesa; este lado vacío de la mesa parece estar ahí para que lo ocupe la persona que ora delante del icono. Quien acoge a Dios se encuentra acogido por Dios; aun cuando apenas se dé cuenta de ello, es acogido en una comunión de amor y alegría «que no tiene principio ni final».

El uso de los iconos

Los iconos intentan ayudarnos a orar, por ello, el sitio más natural para un icono es un lugar donde la gente se reúna a rezar, esto es, una iglesia. La mayoría de las iglesias ortodoxas albergan un gran número de iconos; algunos de ellos están pintados en las paredes y el techo, o incrustados, como los mosaicos. Otros están colgados de las paredes o situados en peanas especiales. Habitualmente, se encuentran agrupados en una especie de pared con tres puertas, que separa el santuario (o altar) de la nave central del templo. Esta pared se llama *iconostasis* y representa la comunicación entre Dios y nosotros. La *iconostasis* oculta el altar, porque Dios es un misterio y, como tal, siempre está en parte oculto para nosotros, pero tiene puertas e iconos, porque el misterio de Dios no permanece oculto sino que se nos comunica. En la extensión de pared sobre la puerta central, está la imagen de Cristo; a cada lado, María y Juan el Bautista; próximos a ellos, a uno y otro lado, están los apóstoles y los profetas, y las escenas principales de la vida de Jesús. Sobre la puerta propiamente dicha, se encuentran los cuatro evangelistas, y el Ángel San Gabriel cuando

anuncia a María la Buena Noticia, que va a ser madre de Cristo. El tema común de los iconos de la puerta es la comunicación de la Palabra de Dios.

Los iconos pueden encontrar también un lugar en el hogar. Las casas de los creyentes ortodoxos habitualmente tienen un rincón en una de las habitaciones donde hay algunos iconos y puede que una lámpara de barro. Esta es una idea que puede ser adoptada por los cristianos de otras tradiciones. Sirve de recordatorio de la presencia continua de Dios en nuestras vidas, él siempre nos acompaña en cada una de nuestras tareas diarias. El rincón en donde están los iconos puede convertirse en un espacio de oración.

Rezar con un icono no requiere un método particular. Podemos estar de pie, sentados o arrodillados frente a él, y tal vez hacer un gesto orante, por ejemplo: los cristianos ortodoxos inclinan la cabeza o el cuerpo o, en ocasiones, dependiendo de la postura del cuerpo, tocan el suelo con la frente; besan el icono, o colocan una vela encendida delante de él. Estos gestos no expresan adoración de la imagen, sino veneración y amor por Cristo que está representado por medio de la imagen. Algunas veces, esta «oración del cuerpo» puede ayudarnos a expresarle a Dios lo que hay en nuestro corazón, especialmente si tenemos dificultad para decirlo con palabras.

Permanecer delante de un icono durante un rato puede ser una manera de decirle a Cristo: «Aquí estoy.» Estar allí, sin más, y dejarle que nos mire puede servir para que nuestra comunión con él crezca.

Siempre está ahí la tentación de tratar un icono como una especie de rompecabezas espiritual, que contiene símbolos que han de ser decodificados. Podría ocurrir que

llegásemos pronto a darnos buena maña en esta «decodificación», pero resultaría ser una tarea muy superficial. Para que un icono nos hable al corazón, conviene dedicarle tiempo. Quizás haya que acudir, con constancia, una y otra vez al mismo icono. Esto facilita –siguiendo el ritmo del corazón y no el discurrir de la cabeza– que el icono nos sirva para que una relación de amistad con Dios –en esto consiste la vida interior– vaya madurando en nosotros.

p. 4 de couverture

¿Qué son los iconos? ¿Qué significan? ¿Contradicen la prohibición bíblica acerca de las imágenes? ¿Pueden ayudarme a orar?

Este cuaderno sugiere algunas respuestas a estas preguntas, tomando como ejemplo los iconos de la Iglesia de la Reconciliación de Taizé.

© Ateliers et Presses de Taizé, 71250 Taizé, France
DL 1136 — août 2011 — ISSN: 2101-731X — ISBN 9782850403057

Achevé d'imprimer en juillet 2011 imprimerie — AB. Doc, 71100 Chalon sur Saône